

# La “autobiografía” como una de las bellas artes

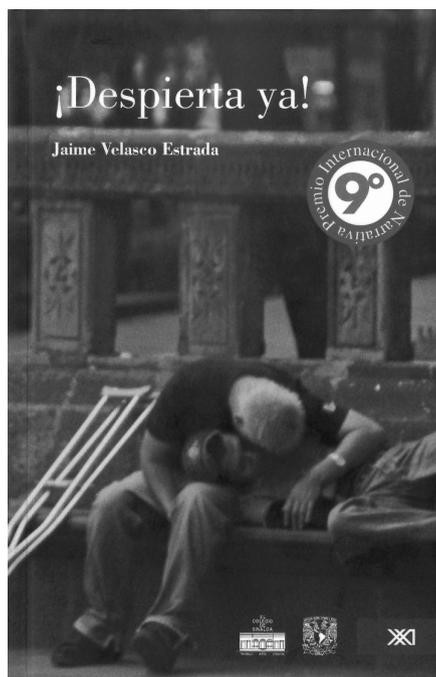
Ana Laura Zavala Díaz

Ganadora del 9º Premio Internacional de Narrativa, que convocan Siglo XXI Editores, la Universidad Nacional Autónoma de México y El Colegio de Sinaloa, *¡Despierta ya!* es obra del joven escritor Jaime Velasco Estrada. Como umbral de un espectáculo teatral, este complejo pero brillante texto híbrido, entre novela y volumen de cuentos, se divide en tres “llamadas”, que a su vez se componen de siete, cuatro y dos “relatos”, respectivamente, a través de los cuales conocemos los avatares de una pareja gay que, en una “moderna” Ciudad de México, se enfrenta a las amargas mieles de un matrimonio que termina por naufragar en las aguas de la desconfianza, el hastío y la desolación.

A partir de esta anécdota sencilla, Jaime Velasco Estrada construye un texto fresco y valiente, que navega es decir, entre dos estéticas claramente diferenciadas: una propia del cuento, de acuerdo con la cual se ensaya construir un relato “completo en su estructura y significación”; otra, “la estética de la novela, que opera con un ritmo narrativo que pese a elaborar situaciones climáticas diversas, está lleno de altibajos que más bien tienden hacia la construcción de un efecto de conjunto”.<sup>1</sup>

Tal técnica narrativa gesta, de manera inevitable, una escritura fragmentaria, que no busca la homogeneidad; por el contrario, se regodea en la diferencia, en la construcción de historias dentro de otras historias, de anécdotas que se convierten en ficción dentro de la ficción, de manuscritos hallados de manera fortuita o regalados por algún men-

<sup>1</sup> Rafael Olea Franco, “*La sombra del caudillo*: la definición de una novela trágica” en Martín Luis Guzmán, *La sombra del Caudillo*, edición crítica coordinada por Rafael Olea Franco, Nanterre, Signatarios del Acuerdo Archivos, ALLCA XX, Université Paris X, 2002, pp. 451-478 (Colección Archivos, 54); aquí, p. 455.



digo, de constantes y confusos juegos de espejos. Historias, en fin, que desde distintas perspectivas revelan un ansia, casi obsesiva, de salir del margen social, pero más aún emocional y creativo; de saltar a la otra orilla, de encontrar a ese otro, llámese amante o lector, quien complete el significado de lo relatado; quien, como dice uno de los personajes, se apropie “de lo que lee [...]”. Y apropiarse no significa necesariamente racionalizarlo, basta con experimentar la más mínima emoción para procesarlo e integrarlo al todo de sus experiencias” (p. 109).

Para lograr esa “apropiación”, Jaime Velasco acude no sólo a la vista, sentido que predomina en la novela y en la ficción en general, sino también al gusto, al olfato y, sobre todo, al tacto, creando hacia el final de la obra una prosa con tintes sinestésicos. Si la mirada es la encargada de la organización subjetiva del espacio narrativo, gracias a la exploración de esos otros sentidos, el

autor hace que cobre vida el cuerpo de cada uno de los personajes; en ese microcosmos se representan sus dramas, historias y deseos, sus más profundas e inmediatas necesidades, su mundo, la realidad circundante. En esta obra, el cuerpo surge, de ese modo, como un “espacio de tensión”, como el lugar por excelencia donde se enfrentan y encarnan discursos sobre el hombre y el mundo. Más aún, “Centro de experimentación para todos los excesos [...] pararrayos de fantasmas, templo de la nueva comunión”,<sup>2</sup> la carne se transforma en un puente, en un medio para alcanzar la experiencia estética; así, por ejemplo, en “La primera llamada”, envuelto en un ambiente opresivo, el narrador lee una obra de Sergio Pitó, pero también la degusta cual “dulcísimo y frío helado”, que “Había que [disfrutar] despaciosamente, a pequeños sorbos, gozando el sabor de cada componente, sintiendo cómo se nos deshace en el interior. Sentir el frío que calienta nuestros órganos. Gozar la dulzura y frigidez que se extiende dentro de nosotros, absorberlo a la vez que soñamos, postergando las preocupaciones inmediatas. Era como un helado: placentero el contenido, fría, la forma. Una forma perfecta, en la cual hasta yo, pobre idiota, podía sumergir mi frágil cucharita. De una frialdad maleable, penetrable, que el hacedor a punta de fraguados giros y giros lo hubo solidificado, y que, por tanto, no se derretiría en mis manos con la calidez de mi solo contacto, sino que esperaba llegar hasta el interior de mis sentidos para ser diluido y absorbido” (p. 18).

<sup>2</sup> Vicente Quirarte, “Cuerpo, fantasma y paraíso artificial” en Rafael Olea Franco (editor), *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, México, 2001, pp. 19-33; aquí, p. 19.

El cuerpo es, de igual forma, el hipocentro de la creación, de la escritura; de ahí que el autor establezca un estrecho vínculo entre la manipulación, gozosa o perversa, de lo corporal, con la búsqueda de un estilo; con el lenguaje al cual se intenta dar forma, someter, poseer, aunque sea violentamente, a lo largo de todo el texto. No es casual, en esa línea, que las acciones narrativas se desarrollen o cancelen después de un beso, de una caricia o de una relación sexual. En especial, el cuerpo masculino se utiliza, entonces, no sólo como motivo o componente meramente descriptivo o identitario, sino incluso como motor y elemento estructurante de los textos: espacio axial donde las luchas de los personajes adquieren su importancia, su existencia. A esa luz cobra mayor relevancia la apología del amor homosexual que hace uno de los narradores del relato “Este sábado”, cuando critica la institución matrimonial: “nuestro amor”, afirma, “cuando lo hay, es más potente, no se funda en la procreación de inútiles vidas, no se funda sólo en el deleite, sino en la necesidad de ascender, conjuntamente, el abrupto y cerrado camino de la vida” (p. 99).

Esa ansia de ascensión vital, de búsqueda de un cuerpo en el cual encarnarse, encuentra su correlato en las ideas sobre la creación literaria de otro personaje de ese mismo relato, especie de *alter ego* del autor, quien advierte: “se ha convencido de que el que escribe no puede prescindir de sí mismo y que cuando pretende hablar de cosas que no le atañen, aun procurando suma sub-

jetividad, estará finalmente hablando de sí, de algo que le es propio porque, de alguna manera, lo tiene almacenado en algún ínfimo recodo de su cerebro, de su ser, [de su cuerpo, diría yo]. [...] La escritura y la lectura son actos de creación, el acto de crearse una autobiografía”, de cincelar un autorretrato (pp. 109-110). En armonía con esta estética de lo “autobiográfico”, la vida misma, el cuerpo propio y ajeno, que termina siendo propio aunque sea por un instante en el coito, encierra la posibilidad de una obra de arte, de una luminosa o brutal experiencia estética, que lo sublima y lo sustrae de las condiciones del medio, del margen al que lo empuja la realidad descarnada.

*¡Despierta ya!* puede ser leído justamente desde esta clave artística; pensarse, si se quiere, como la composición de un cadáver exquisito hecho de otros cuerpos textuales, de múltiples y disímolas influencias tales como la *Biblia*, la obra de Reinaldo Arenas, del aludido Pitol, de Witold Gombrowicz, de Jorge Luis Borges, de José Revueltas, de Ricardo Piglia, de Luis Zapata, etcétera, a partir de las cuales Jaime Velasco articula su iniciación artística, su exploración de una voz original, de un estilo; en fin, de una mirada, entre irónica y dramática, desde la que construye su supuesto “autorretrato”, su deslumbrante obra.

En esta lógica del discurso “corporalizado”, encarnado, adquiere un sentido más profundo el epígrafe con el que de manera engañosa abre su texto el autor; esa invocación a un Dios dormido que aparece en

el salmo 44, y que da título al libro: “Despierta, Señor; ¿por qué sigues durmiendo? Despierta ya”. He dicho *engañosa*, porque las distintas voces que aparecen a lo largo de los alucinantes fragmentos de la obra nos han demostrado una y otra vez la ausencia de ese Dios, al que desde hace mucho tiempo Nietzsche declaró muerto.

Frente a “la visión del Cielo deshabitado”, como diría Octavio Paz, entonces, ¿a qué cuerpo se le pide moverse; salir de su sopor? Aventuro que tal solicitud se dirige, por un lado, al lector, quien no puede permanecer indiferente, mucho menos pasivo ante una narración que no sólo por su contenido sino también por su forma lo obliga a salir de la calma, del cómodo lugar que ocupa frente a sus páginas, de su propio margen, para llevar a cabo, como los personajes, un acto creativo. Por el otro, ese *¡despierta ya!* entre admiraciones, casi imperativo, está destinado al autor, quien sabe de la necesidad de encarnarse en palabra, en letra, en escritura, pero quizá, más aún, de multiplicarse a través del imaginativo arte de la lectura. Finalmente, con esta obra de indudable calidad literaria celebro que la pluma de Jaime Velasco Estrada ha despertado ya, y espero que en el futuro no se adormezca, a pesar de la indiferencia del público o de las voces que la quieran acallar. **U**

---

Jaime Velasco Estrada, *¡Despierta ya!*, Siglo XXI Editores/ Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de Sinaloa, México/Culiacán, 2012, 134 pp.



Jaime Velasco Estrada